

bres, y no perdonaba medio alguno para que fuese completo y definitivo el éxito de la expedición que le había sido confiada.

En la Guadalupe, el valiente Richepanse, desembarcando con una fuerza de tres ó cuatro mil hombres, domó á los negros sublevados y los redujo otra vez á la esclavitud, después de haber acabado con los cabecillas de la insurrección. Aquella especie de contrarrevolución era posible y no ofrecía peligro en una isla de poca extensión como la Guadalupe, pero tenía el grave inconveniente de aterrar á los negros de Santo Domingo por la suerte que les esperaba. Fuera de esto, los negocios de nuestras Antillas prosperaban cuanto se podía esperar en tan corto tiempo; en todos nuestros puertos de comercio se preparaban armamentos para volver á establecer las lucrativas negociaciones que con ellas hacía en otro tiempo la Francia.

Prosiguiendo el primer cónsul con perseverancia en su propósito, transportó al litoral los depósitos de las medias brigadas destinadas á las colonias. Aumentábalos constantemente con reclutas, y aprovechaba todas las expediciones del comercio ó de la marina militar para enviar nuevos destacamentos. Aumentó los créditos concedidos á la marina, y elevó á ciento treinta millones el presupuesto especial del ramo, suma considerable en un presupuesto total de quinientos ochenta y nueve millones (ó de setecientos veinte, contando como se cuenta hoy). Mandó que se destinasen veinte millones cada año á la compra de materias navales en todos los países; prescribió además la construcción de doce navíos de línea todos los años, en la inteligencia de que habían de botarse al agua así que estuvieran contruidos, y repetía continuamente que era preciso aprovechar el tiempo de paz para crear la marina, porque en este tiempo el campo de maniobras, es decir, la mar, estaba expedito, y abierta la vía para las provisiones. «El primer año de un ministerio, escribía al almirante Decrés, es de aprendizaje. Ahora empieza su segundo año de usted; su encargo es restablecer la marina francesa: hermosa carrera para un hombre que está en la fuerza de su edad, y tanto más hermosa cuanto más evidentes han sido nuestros pasados reveses. Entréguese usted á ella sin tregua. EN LA ÉPOCA EN QUE VIVIMOS, CADA HORA PERDIDA ES UNA PÉRDIDA IRREPARABLE» (14 de febrero de 1803).

La viva imaginación del primer cónsul pasó de las Indias y la América al imperio Otomano, cuya caída le parecía próxima, y cuyas ruinas no quería sirviesen para el acrecentamiento de los dominios rusos é ingleses. Había renunciado al Egipto mientras los ingleses respetasen la paz; pero si ésta se quebrantaba por su culpa, reputábase en plena libertad para volver á su primer pensamiento sobre una región que miraba siempre como camino para la India. Además, en el momento presente no tenía proyecto alguno; su intención era tan sólo estorbar que los ingleses aprovecharan la paz para establecerse en la desembocadura del Nilo. Un compromiso formal los obligaba á salir en el término de tres meses, y habían pasado ya doce ó trece desde la firma de los preliminares de Londres, siete ú ocho desde el tratado de Amiéns, y aún no parecían dispuestos á evacuar á Alejandría. Llamó, pues, el primer cónsul al coronel Sebastiani, oficial dotado de privilegiada inteligencia, y le mandó embarcarse en una fragata, pasar á Túnez y

á Trípoli para hacer reconocer allí el pabellón de la república italiana, trasladarse después á Egipto á examinar la posición de los ingleses y la naturaleza de su instalación; investigar cuánto tiempo podría durar ésta; observar lo que pasaba entre los turcos y los mamelucos; visitar á los jeques árabes y felicitarlos en su nombre; pasar á Siria para ver á los cristianos y reponerlos bajo la protección francesa; entretener á Djeddar-Bajá, el que había defendido contra nosotros á San Juan de Acre, y prometerle la reconciliación y el favor de la Francia si trataba bien á los cristianos y favorecía nuestro comercio. Encargábase finalmente al general Sebastiani que regresase por Constantinopla para renovar á nuestro embajador el general Brune las instrucciones del gabinete. Estas instrucciones le prescribían que desplegara la mayor magnificencia posible, que se mostrara condescendiente y agasajador con el sultán, le hiciese esperar nuestro apoyo contra sus enemigos, cualesquiera que fuesen, y que en suma no perdonase medio alguno para hacer á la Francia temida en el Oriente.

Aunque muy ocupado en estas lejanas empresas, no dejaba el primer cónsul de atender con toda solicitud á la prosperidad interior de la Francia. Había hecho continuar la redacción del Código civil, á cuya efecto se reunían diariamente en casa del cónsul Cambaceres una sección del Consejo de Estado y otra del tribunado, para resolver las dificultades naturales de esta grande obra. Continuaba con la misma actividad la recomposición de los caminos. Habíalos distribuido el primer cónsul, como ya hemos dicho, en series de veinte cada una, transportando sucesivamente de unas á otras los fondos extraordinarios que les estaban destinados. La apertura de los canales del Ourcq y de San Quintín no se interrumpió un solo instante. Los trabajos dispuestos en Italia, así en los caminos como en las fortificaciones, continuaban fijando la atención del primer cónsul. Quería que si se renovaba la guerra marítima y volvía á estallar la guerra continental, la Italia quedase definitivamente ligada á la Francia, por medio de grandes comunicaciones y poderosas obras de defensa. La posesión del Valais había facilitado la ejecución de la gran carretera del Simplón, y esta concepción maravillosa tocaba ya á su término. Las obras del camino del monte Cenis alojaron un tanto para activar con todos los recursos disponibles el del monte Ginebra, á fin de que estuviese concluido uno por lo menos para el año 1803. Por lo tocante á la plaza de Alejandría, llegó á ser objeto de una correspondencia diaria con el hábil ingeniero Chasseloup. Preparábase en ella cuarteles para una guarnición permanente de seis mil hombres, hospitales para tres mil heridos y almacenes para un grande ejército. Acababa de empezarse la refundición de toda la artillería italiana, con objeto de sujetarla á los calibres de seis, de ocho y de doce. Recomendaba el primer cónsul al vicepresidente Melzi una gran fabricación de fusiles. «No tienen ustedes, le escribía, más que cincuenta mil fusiles; eso no es nada; yo tengo quinientos mil en Francia, fuera de los que tiene el ejército, y no parará hasta que llegue á juntar un millón.»

Acababa de imaginar el primer cónsul la fundación de colonias militares, tomando de los romanos la primera idea. Había mandado entresacar del ejército soldados y oficiales que contasen largos servicios y hubiesen re-

cibido honrosas heridas y conducirlos al Piamonte, repartiéndoles bienes nacionales en las cercanías de Alejandría, de un valor proporcionado á su situación desde el oficial al soldado. Estos veteranos, así dotados, debían enlazarse con mujeres piamontesas, reunirse dos veces cada año para maniobrar, y al primer peligro que ocurriese encerrarse en la plaza de Alejandría con sus más caros objetos. Este era el modo de inocular al mismo tiempo en Italia la sangre y las ideas francesas. Igual institución debía tener lugar en los nuevos departamentos del Rhin alrededor de Maguncia.

El autor de tan grandiosas concepciones meditaba además cosas análogas para las provincias de la república, infectas aún de espíritu sedicioso, tales como la Vendée y la Bretaña. Proponíase fundar en ellas á un mismo tiempo grandes establecimientos y ciudades. Los agentes de Jorge, procedentes de Inglaterra, bajaban á las islas de Jersey y Guernesey, aportaban á las costas del Norte, atravesaban la península bretona por Loudeac y Pontivy, y se diseminaban, ya por el Morbihán, ya por el Loira inferior, para fomentar la desconfianza y aun para disponer en caso necesario la insurrección. El primer cónsul, que mantenía correspondencia con la gendarmería, dirigía por sí mismo sus movimientos é investigaciones, y previendo la posibilidad de nuevos trastornos, imaginó construir en las principales travesías de las montañas ó de los bosques torres con una pieza de artillería en lo alto, de movimiento giratorio, que pudiesen contener una guarnición de cincuenta hombres con algunas vituallas y municiones, y servir de apoyo á las columnas movilizadas. Penetrado de la idea de que era preciso civilizar el país, al mismo tiempo que sujetarlo, dispuso perfeccionar la navegación del Blavet para utilizar su corriente hasta Pontivy. De aquí nació el primer pensamiento de esa célebre navegación que se extiende por las costas de la Bretaña desde Nantes hasta Brest, penetrando por diversas vías navegables en lo interior de la región y asegurando el abastecimiento del gran arsenal de Brest en toda época. Resolvió el primer cónsul hacer construir en Pontivy grandes edificios para alojar tropas y un numeroso estado mayor, tribunales, una administración militar, y finalmente, fábricas que quería establecer á expensas del Estado. Prescribió se examinasen los puntos más convenientes para fundar nuevas ciudades, así en Bretaña como en la Vendée. Al mismo tiempo hacía se trabajase en las fortificaciones de Quiberón, de Belle-Isle y de Ile-Dieu. El fuerte de Boyardo estaba empezado según sus mismos planos, con objeto de convertir el fondeadero comprendido entre la Rochela, Rochefort y las islas de Ré y de Olerón, en una rada anchurosa, segura é inaccesible á los ingleses. Cherbourg debía llamar naturalmente toda su atención, y juzgando que no podía acabarse su dique tan pronto como era necesario, mandó apresurar las obras en tres puntos con preferencia para que cuanto antes saliesen fuera del agua y pudieran establecerse tres baterías capaces de tener á raya al enemigo.

En medio de tantas obras y proyectos para el engrandecimiento marítimo, comercial y militar de la Francia, sabía el primer cónsul hallar tiempo para ocuparse en las escuelas, en el Instituto, en el progreso de las ciencias y en la administración del clero.

Sus hermanos Elisa y Luciano venían á formar, jun-

tamente con Suard, Morellet y Fontanes, lo que en nuestra historia literaria lleva el nombre de una oficina de ingenieros. Afectábase en ella grande afición á los recuerdos de lo pasado, especialmente en literatura, aunque fuerza es confesar que si hay algún gusto añejo justificado, es ciertamente el de ese género. Pero á ese gusto asaz legítimo se mezclaban otros de todo punto pueriles; afectábase preferir las antiguas sociedades literarias al Instituto, y se preconizaba el proyecto de reconstruir la Academia francesa con los literatos que habían sobrevivido á la revolución y que no tenían á ella el menor apego, tales como Suard, la Harpe, Morellet y otros. Los rumores esparcidos sobre este plan producían muy mal efecto. El cónsul Cambaceres, atento á cuantas circunstancias podían perjudicar al gobierno, advirtió á tiempo al primer cónsul de lo que ocurría, y éste manifestó agríamente á sus hermanos el disgusto que le causaba esta especie de afectación.

Con este motivo volvió á ocuparse de la organización del Instituto; declaró que toda sociedad literaria que tomase otro título que el de Instituto, y que quisiera, por ejemplo, llamarse academia, sería disuelta, siempre que afectase tomar un carácter público. La segunda clase, que equivalía á la sazón á la antigua Academia francesa, quedó consagrada á las bellas letras; pero suprimió la de ciencias morales y políticas por una aversión ya muy pronunciada, no precisamente á la filosofía (que más adelante veremos su modo de pensar en esta materia), sino á ciertos hombres que afectaban profesar la filosofía del siglo XVIII en todo lo más contrario á las ideas religiosas. Refundió esta cátedra en la consagrada á las bellas letras, diciendo que su objeto era común; que la filosofía, la política, la moral y la observación de la naturaleza humana constituían la esencia de toda literatura; que el arte de escribir no era más que su forma; que era preciso no separar cosas que debían permanecer unidas; que la cátedra consagrada á las bellas letras sería fútil y la consagrada á las ciencias morales y políticas pedantesca si estuvieran separadas con fundamento; que los escritores que no fueran pensadores y los pensadores que no supieran escribir no serían ni lo uno ni lo otro; y por último, que un siglo, aunque fuera fecundo en talentos, apenas podría dar miembros dignos á una sola de esas corporaciones no descendiendo hasta la medianía (1). Exactas ó erróneas, estas ideas eran en el primer cónsul más bien un pretexto que una razón para deshacerse de una sociedad literaria que contrarrestaba sus miras políticas con respecto al restablecimiento de los cultos. Hizo, pues, de las dos secciones una sola, destinando á ella á Suard, Morellet y Fontanes, y la declaró segunda sección del Instituto, en representación de la Academia francesa. Mientras hacía esta amalgama, pedía al sabio Haüy que escribiera una obra elemental de física, de que aún se carecía en la

(1) El primer cónsul entraba en el sistema de las fuerzas gubernamentales, y no podía consentir que subsistiese una sección que era la expresión más completa de la escuela de Sieyès y de los inventores de constituciones. Por otra parte, la moral en rigor no es una ciencia, es un sentimiento elevado, un poder del alma y del corazón, y no puede formar una teoría que sea objeto de las disertaciones de una corporación. Y por lo que respecta á la política, ¿pueden acaso las ideas de gobierno constituir teorías especulativas? La ciencia del poder es la acción, su experiencia la historia, su regla la ley; todas cosas positivas. (N. del T.)



enseñanza, y contestaba á Laplace, que acababa de dedicarle su grande obra de mecánica celeste, con estas palabras llenas de noble orgullo: «Agradezco á usted su dedicataria, y deseo que al leer su obra las generaciones futuras no olviden la estimación y la amistad que he profesado yo á su autor» (26 de noviembre de 1802).

Observaba el primer cónsul atentamente la conducta del clero desde la restauración de los cultos. Casi todos los obispos nombrados estaban instalados en sus diócesis, donde la mayor parte se conducían dignamente, aunque algunos, sin embargo, llenos aún de espíritu de secta, no desplegaban en sus nuevas funciones aquella dulzura é indulgencia evangélica, únicas dotes que podían acabar con el cisma. Al paso que Mons. de Belloy en París, de Boisgelnin en Tours, Bernier en Orléans, Cambaceres en Ruán y Pancemont en Vannes se conducían como verdaderos pastores piadosos y prudentes, otros habían dejado entrever tendencias perniciosas en el ejercicio de su ministerio. Así, por ejemplo, el obispo de Besanzón, jansenista y antiguo constitucional, pretendía probar á sus curas que la constitución civil era una institución verdaderamente evangélica y ortodoxa, conforme con el espíritu de la Iglesia primitiva; de modo que en su diócesis reinaba el mayor desorden. Fuerza es reconocer, no obstante, que era el único constitucional que diese motivo de queja. Las faltas de que había que reprender al clero procedían principalmente de la intolerancia de los obispos ortodoxos; muchos de ellos afectaban el orgullo de un partido victorioso y rechazaban ásperamente á los clérigos juramentados. Los obispos de Burdeos, Aviñón y Rennes los separaban del servicio de las parroquias, procuraban humillarlos, y de este modo disgustaban á aquella parte de la población que les era adicta.

Nada más enérgico que el lenguaje del primer cónsul sobre este asunto. Escribía por sí mismo á ciertos obispos, ó hacía que el cardenal legado les escribiese, y amenazaba separar de sus sedes y llamar ante el Consejo de Estado á los prelados que turbasen la paz de la nueva Iglesia. «Yo he querido, decía, restaurar los altares derribados, poner un término á las disputas religiosas; pero no hacer triunfar un partido á costa de otro, y mucho menos á un partido enemigo de la revolución. Siempre que los clérigos constitucionales han sido fieles á las reglas de su estado y han observado buenas costumbres; siempre que no han dado ocasión de escándalo, los he preferido á sus adversarios; pues al cabo sólo se los censura por haber abrazado la causa de la revolución, que es nuestra causa.» así escribía á los prefectos. Su tío el cardenal Fesch, que en la diócesis de Lyon parecía olvidar las instrucciones del gobierno, mereció del primer cónsul esta censura: «Perseguir á los curas constitucionales y postergarlos, es faltar á la justicia, al interés del Estado, á mi propio interés, al de usted mismo, señor cardenal; es faltar á mi voluntad manifiesta é incurrir altamente en mi desagrado.»

Su generosidad con los obispos que se conformaban con su política enérgica y conciliadora no tenía término. Daba á unos ornamentos de iglesia, á otros un mueble completo para sus viviendas, á todos en fin sumas cuantiosas para repartir entre los pobres. En un solo invierno llegó á dar repetidas veces hasta cincuenta mil francos á Mr. de Belloy para que él mismo los distri-

buyese entre los indigentes de su diócesis. Envió al obispo de Vannes, que era el prototipo más acabado del prelado afable, piadoso y benéfico, diez mil francos para amueblar su palacio episcopal, otros diez mil para remunerar á los curas cuya conducta aprobaba, y setenta mil para dar á los pobres. En el transcurso del año corriente, el año XI, remitió doscientos mil francos al obispo Bernier para socorrer secretamente á las víctimas de la guerra civil de la Vendée, suma de que este prelado hacía un empleo tan humano como acertado. Echaba mano para estas larguezas de la caja del ministerio de lo Interior, provista con diversos productos que no ingresaban á la sazón en el tesoro, y cuya procedencia depuraba consagrándolos á los más nobles usos.

Corría el otoño de 1802; hacía un tiempo delicioso y parecía la naturaleza querer dispensar á aquel año feliz una segunda primavera. Merced á una temperatura de suavidad extremada, florecían nuevamente los arbustos. Deseó el primer cónsul ir á visitar la provincia de Normandía, sobre la cual oía opiniones muy diversas. Entonces, lo mismo que ahora, aquella hermosa comarca ofrecía el espectáculo interesante de las suntuosas fábricas que descuellan en sus campos cubiertos de verdor y esmeradamente cultivados, y participando de la general actividad que se despertaba en toda la Francia, á la vez presentaba el más animado aspecto. Sin embargo, varias personas, y singularmente el cónsul Lebrún, trataron de persuadir al primer cónsul de que era una provincia realista, lo cual en verdad no parecía extraño, atendida la violencia con que se pronunció en el año 92 contra los excesos de la revolución. Quiso el primer cónsul trasladarse á ella, verla por sí mismo y probar si su presencia causaba en sus pobladores el mismo efecto que en otras partes había producido. Había de acompañarle madama Bonaparte.

Empleó el primer cónsul quince días en aquel viaje, pasando por Ruán, Elbeuf, el Havre, Dieppe, Gisors y Beauvais, y visitando las campiñas y las fábricas, examinándolo todo prolijamente y presentándose sin fuerza militar á la población ansiosa de contemplarle. Los homenajes repetidos de que era objeto retardaban su viaje; á cada instante le salía al camino el clero de las aldeas presentándole el agua bendita, los alcaldes ofreciéndole las llaves de las ciudades, dirigiéndole, lo mismo que á madama Bonaparte, las alocuciones con que se recibía en otro tiempo á los reyes y reinas de Francia. Prendado estaba de semejante acogida, y sobre todo de la prosperidad naciente que por doquiera advertía. La ciudad de Elbeuf le causó maravilla por el crecimiento que había recibido. «Elbeuf, escribía á su colega Cambaceres, se ha aumentado una tercera parte de la revolución acá; toda ella parece una sola fábrica.» El Havre le llamó la atención de una manera singular, y vaticinó el gran porvenir comercial á que este puerto estaba destinado. «No hallo en parte alguna, escribía nuevamente al cónsul Cambaceres, más que un excelente espíritu; no es la Normandía como Lebrún me la había pintado; veo que es franca y lealmente adicta al gobierno. Encuentro aquí aquella misma unanimidad de sentimientos que hacía tan felices los días del año 89.» Y era cierto cuanto decía. Nada mejor que la Normandía podía demostrarle los verdaderos sentimientos de la Francia; en ella estaba perfectamente representada aquella pobla-

ción honrada y sincera del año 89, entusiasta en un principio de la revolución, aterrada después de sus excesos, acusada de realismo por procónsules cuyos furores condenaba enérgicamente, y llena de júbilo por volver á hallar de una manera inesperada el orden, la justicia, la igualdad, la gloria, aunque no la libertad, de la que por desgracia ya no se curaba.

A mediados de noviembre estaba el primer cónsul de vuelta en Saint-Cloud.

Imagínese á un envidioso que presencia los triunfos de un rival temido, y se tendrá una idea casi cabal del efecto que producía á la Inglaterra el espectáculo de las prosperidades de la Francia. Esa poderosa é ilustre nación podía no obstante consolarse con su propia grandeza del pesar de la grandeza ajena; pero la devoraba una singular envidia. Mientras los triunfos del general Bonaparte fueron un argumento contra el ministerio Pitt, los acogió la Inglaterra hasta con aplauso; pero desde que estos triunfos continuos y crecientes redundaron en provecho de la Francia misma; desde que se la vió á ésta engrandecerse, lo mismo en la paz que con la guerra, con la política lo mismo que con las armas; desde que se vió á la república italiana convertirse en diez y ocho meses bajo la presidencia del general Bonaparte en provincia francesa, al Piamonte agregado á nuestro territorio con beneplácito del continente, á Parma y á la Luisiana aumentando nuestras posesiones por el mero cumplimiento de los tratados, y á la Alemania por fin reconstituída por nuestra sola influencia; después que se vió consumarse todo esto de una manera pacífica y natural, como consecuencia de una situación universalmente aceptada, un despecho manifiesto se apoderó de todos los corazones ingleses, y este despecho era tan poco disimulado como lo son ordinariamente los sentimientos de un pueblo de pasiones fuertes, orgulloso y libre.

Los que menos participaban de las ventajas de la paz manifestaban su envidia más claramente. Dijimos ya que los fabricantes de Birmingham y de Manchester, que se desquitaban con el contrabando de las prohibiciones que hallaban en nuestros puertos, se quejaban poco; pero que el comercio superior, viendo los mares cubiertos de pabellones rivales y cegada con los empréstitos la fuente de los beneficios pecuniarios, invocaba públicamente la guerra y se mostraba más descontento de la paz que la misma aristocracia. Ésta, tan orgullosa y patriótica de ordinario, que no consiente á ninguna clase de la nación el honor de servir y de exaltar más que ella el poderío británico, no llevaba á mal sin embargo en esta ocasión el diferenciarse del comercio superior por sus miras elevadas y generosas. Era un tanto menos afecta á Mr. Pitt desde que la clase mercantil le mostraba tan grande aprecio, y acudía solícita en torno del príncipe de Gales, modelo de las costumbres y de la licencia aristocrática, y especialmente de Mr. Fox que la cautivaba por la nobleza de sus sentimientos y por su incomparable elocuencia. Pero el comercio, de incontrastable poder en Londres y en los puertos, y que tenía por órgano hombres como Windham, Grenville y Dundas, sofocaba la voz del resto de la nación é infundía en la prensa británica sus pasiones. Las gacetas de Londres empezaban á mostrarse muy hostiles, aunque abandonaban no obstante á los diarios que redactaban los emi-

grados franceses (1) la innoble tarea de ultrajar al primer cónsul, á sus hermanos, á sus hermanas y á toda su familia.

Por desgracia el ministerio Addington carecía de toda energía y se dejaba llevar por el viento tempestuoso que empezaba á levantarse. Su flaqueza é irresolución le hacían cometer actos de verdadera deslealtad. Seguía pagando todavía á Jorge Cadoudal, cuya perseverancia en las conspiraciones era notoria; ponía á su disposición sumas considerables para mantener sicarios, cuyas cuadrillas recorrían sin cesar el territorio de Portsmouth á Jersey y de Jersey á la costa de Bretaña; continuaba tolerando en Londres al folletista Peltier á pesar de los medios legales que para expulsarlo le ofrecía el *alien-bill* (2); trataba á los príncipes desterrados con miramientos, muy justos en verdad; pero sin limitarse á consideraciones los hacía convidar á las revistas de tropas, admitiéndolos en ellas con los distintivos de la casa real antigua. Repetimos que obraba así por flojedad, pues la honradez de Addington, libre de las influencias de partido, hubiera repugnado seguramente tales actos. Bien sabía al pagar á Jorge que mantenía á un conspirador; pero en presencia del partido Windham, Dundas y Grenville no se resolvía á renunciar y enajenarse quizá aquellos antiguos instrumentos de la política inglesa.

Ofendía en sumo grado al primer cónsul semejante conducta; á las reiteradas demandas de un tratado de comercio contestaba reclamando la represión de ciertos diarios, la expulsión de Jorge y de Peltier y el destierro de los príncipes franceses. «Concededme, decía, las satisfacciones que se me deben y que no se me pueden negar sin declararse cómplices de mis enemigos, y buscaré después el modo de satisfacer á vuestros intereses perjudicados.» Pero el ministerio inglés no encontraba entre las demandas del primer cónsul ninguna á que pudiera acceder. En cuanto á la represión de ciertos diarios, Addington y Hawkesbury respondían con razón: «La prensa es libre en Inglaterra; imitenos usted y desprece sus licencias. Si usted quiere se formará causa, pero de su cuenta y riesgo; es decir, exponiéndose á proporcionar un nuevo triunfo á sus enemigos.» En cuanto á Jorge, Peltier y los príncipes emigrados, no tenía Addington ninguna excusa legítima que alegar, puesto que el *alien-bill* le daba derecho para expulsarlos; pero se reducía á encarecer y exagerar la necesidad de contemporizar con la opinión pública en Inglaterra:

(1) Entre los varios periódicos que publicaban en Londres los emigrados franceses, se distinguía el *Ambigu*, de Mr. Peltier, diario chistosísimo, escrito con incomparable fecundidad satírica, que formaba serie con otra publicación con que la inagotable vena de dicho escritor había llenado antes de la paz de Amiéns treinta y cinco tomos. Los tres primeros números del *Ambigu*, recibidos con entusiasmo por la aristocracia inglesa, no suscitaban reclamación alguna; pero no así el cuarto, que insertaba una oda altamente sediciosa é incendiaria sobre el 18 brumario, y atribuida á Chénier, que rebosando la más ardiente indignación republicana, excitaba al asesinato del primer cónsul. Bonaparte ardiendo en cólera reclamó entonces la supresión del *Ambigu* y el destierro de Peltier, para lo cual escribió á Mr. Addington, y mandó á su embajador perseguir ante el jurado al folletista. (N. del T.)

(2) La ley de extranjeros ó *alien-bill* fué hecha por el parlamento inglés á propuesta de lord Grenville en 1795; tiene por objeto constituir á los refugiados extranjeros bajo la vigilancia especial de la policía, y autoriza al gobierno á expulsarlos del territorio británico en caso necesario. (N. del T.)